

Uno de los más hermosos ejemplos de balcón canario en La Laguna puede contemplarse en la Calle Herradores.

# La Laguna, histórica

La Laguna es una de las ciudades con abolengo histórico en nuestro Archipiélago. Fundada el 26 de julio de 1496 por el conquistador de Tenerife, el Adelantado Alonso Fernández de Lugo, tuvo un espléndido emplazamiento en la hermosa y feraz llanura de Agüere, rodeada de cerros y montañas cubiertos de vegetación (Las Mercedes, La Esperanza) y con las magníficas perspectivas del Teide por el oeste y del horizonte atlántico por el naciente. La villa se situó junto a un pequeño lago, al que confluían las aguas de las colinas cercanas. En sus orillas se levantó la primera ermita de la Concepción —primera iglesia de Tenerife— y las casas que iniciaron el barrio de este nombre. En los primeros tiempos de la villa la cercanía de la laguna originó problemas, al desbordarse las aguas en varias ocasiones. Con el tiempo la laguna se desecó, pero su nombre pervivió en el de la propia ciudad.

La Laguna nació en la Concepción, en la *Villa de Arriba*. El templo, erigido al conquistarse la isla, tuvo nueva construcción entre 1511 y 1545. Su larga historia es la de una serie de demoliciones y nuevas edificaciones hasta los finales del siglo XVIII, en que se levantó

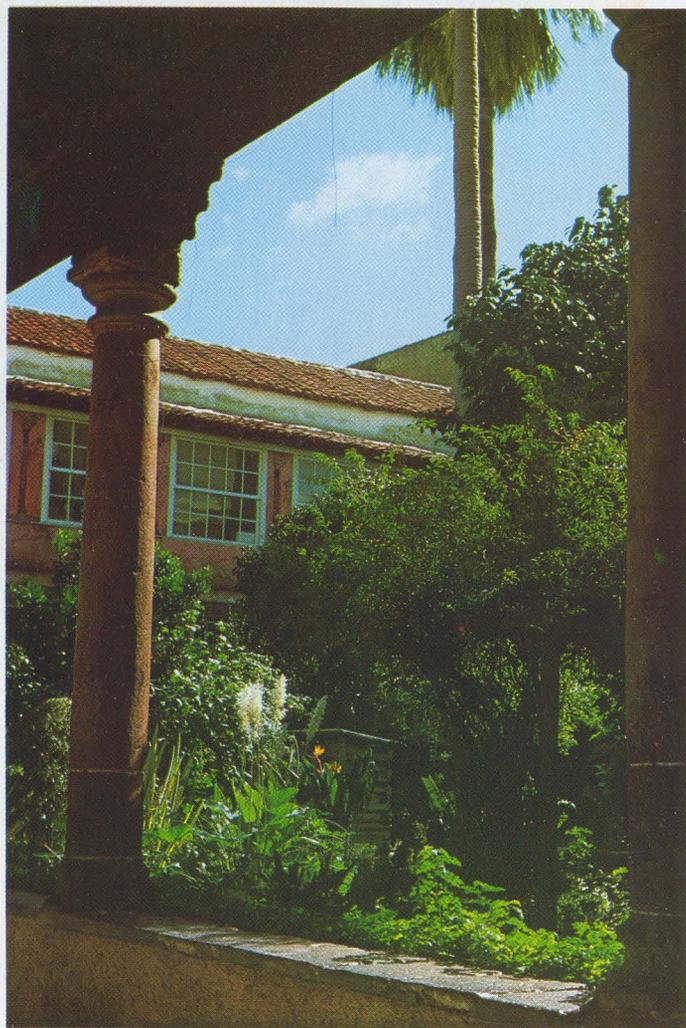
la nueva iglesia de acuerdo con los planos de Diego Nicolás Eduardo, el arquitecto, también, de la parte neoclásica de la catedral de Santa Ana y de otros templos importantes del Archipiélago. Después, tuvo todavía reformas en los siglos XIX y XX y aún recientemente sufrió la caída de la techumbre que se le había colocado en 1872. Finalizada su restauración hace dos años, hoy podemos contemplar la belleza de este templo en el que se veneran obras del arte religioso tan excelsas como la Dolorosa, conocida como la *Predilecta*, de Luján Pérez; el cuadro del altar de las Animas, de Cristóbal Hernández de Quintana; la Inmaculada, de Pedro A. Bocanegra, o el Señor con San Pedro a sus pies, de Fernando Estévez del Sacramento. En una de sus capillas se halla la tumba del arquitecto Diego Nicolás Eduardo.

Los inconvenientes originados por la proximidad a la antigua laguna hicieron pensar en un asentamiento algo más alejado de aquella. Así surgió la *Villa de Abajo*, protagonizada por la iglesia de los Remedios, templo que desde entonces hasta nuestro siglo sufrió tantos avatares y cambios arquitectónicos como el de la Concepción. Edificado en el primer cuarto del siglo XVI fue recons-

truido a fines del siglo XVII y objeto de grandes reformas en el siguiente. En el XIX se levantó su nueva fachada, de un sencillo estilo neoclásico, cuyas torres se inspiraron en las de la catedral de Pamplona. En 1897 fue declarado ruinoso el edificio. El templo actual, catedral de la Diócesis Nivariense, se construyó entre 1904 y 1916, conservando solamente la fachada antigua. La catedral, muestra, igualmente, excelentes obras del arte religioso y entre sus elementos decorativos destaca el magnífico púlpito de mármol labrado y esculpido en Italia en 1767.

Entre la Concepción y la Catedral, entre la *Villa de Arriba* y la de *Abajo*, la Carrera, la calle principal, así llamada porque hasta finales del siglo XVII era escenario de carreras de caballos. En cuanto vía urbana más importante, la Carrera sufrió una mayor renovación en la edificación que otras viejas calles laguneras. En este sentido fue manifestación de la evolución interna de la ciudad hasta que la más reciente expansión de La Laguna derivó el progreso y el impulso renovador hacia otras zonas.

A un extremo de esta calle se abre la antigua plaza principal: la plaza del Adelantado. Allí tuvo casa —justamente



Torre y claustro del antiguo convento de San Agustín.

en donde hoy se encuentra el convento de Santa Catalina— el adelantado Alonso Fernández de Lugo. Era ésta la plaza mayor, la plaza oficial de la ciudad. En su recinto se levantaban las casas del adelantado y del gobernador y las Casas Consistoriales. El Ayuntamiento lagunero, antes Cabildo de la isla, conserva hoy su emplazamiento, pero su edificio objeto de sucesivas construcciones y reformas, apenas conserva nada del antiguo. Su fachada es del siglo XIX. La Plaza del Adelantado fue, también, mercado tradicional de La Laguna y allí se construyó en el siglo pasado la recoba, reconstruida modernamente. En el centro de la plaza contemplamos su romántica fuente central de mármol, que data de 1870. Junto a la plaza, la Casa del Corregidor exhibe su artística portada plateresca, de las más hermosas del Archipiélago en su género.

La Laguna fue de siempre ciudad oficial, levítica, señorial y estudiantil. Ciudad de iglesias y ermitas, de conventos, de palacetes y casas señoriales. Desde un principio se establecieron allí conventos de frailes dominicos, agusti-

nos y franciscanos. Todavía hoy se conservan, con distinta función, los claustros del convento de San Agustín, que dio nombre a otra de las calles importantes de la villa. Este monasterio fue fundado a principios del siglo XVI. Su edificio fue profundamente reformado en el siglo XVIII, reedificándose su iglesia, que en nuestros días, a comienzos de los años sesenta, sería destruida por un incendio. Después de la excomunión el antiguo convento fue sede del primer Instituto de Segunda Enseñanza que se se creó en Canarias y hoy sigue cumpliendo este servicio en La Laguna. Su claustro en piedra roja —patio del Instituto— es de los más bellos que se conservan en las Islas.

De los conventos de dominicos y franciscanos sólo quedan, respectivamente, la iglesia de Santo Domingo y la capilla de San Francisco, en donde se venera el cristo de La Laguna, imagen gótica del siglo XV. La plaza del Cristo es escenario principal de las fiestas de la ciudad, el 14 de septiembre.

A mitad del siglo XVI La Laguna tuvo el primer convento de monjas, el

de Santa Clara. El convento, con edificio construido en los últimos años del siglo XVII, se conserva actualmente, destacando su torreón coronado por un ajimez a modo de mirador. También posee hermosos miradores cerrados por celosías el otro convento, el de las monjas de Santa Catalina de Siena, fundado en 1611 y situado entre las calles Carretera, del Agua y de la Caza (o callejón de las Monjas). Aunque afectados por la desamortización, estos monasterios pudieron superar la excomunión, contrariamente a lo que sucedió, por ejemplo, en Las Palmas de Gran Canaria en donde, en diversos años, fueron suprimidos los tres conventos de monjas existentes hasta el siglo XIX, al igual que los otros tres de frailes.

En la periferia de la urbe se erigieron esas pequeñas ermitas de blancas paredes y cubiertas de tejas a dos aguas tan características de nuestros campos: San Diego del Monte, San Cristóbal, San Juan Bautista, San Benito Abad. Bajo la advocación de San Benito se realiza la alegre romería de su nombre que, recorriendo las calles de la villa, compone

una de las relevantes manifestaciones folklóricas del Archipiélago.

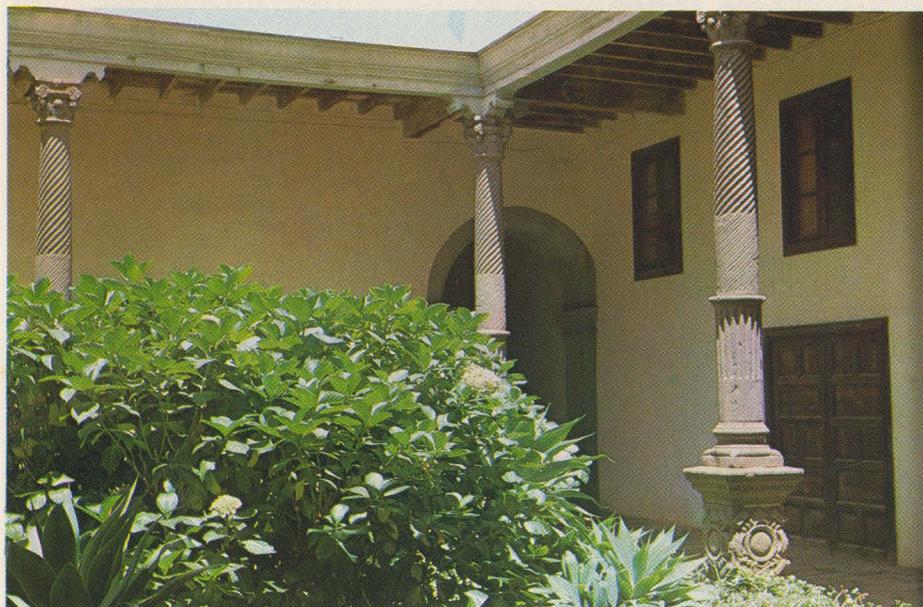
Por su vecindad a la Plaza del Adelantado, la calle del Agua —así llamada de antiguo, porque discurría por ella la acequia para el suministro de agua— fue preferida por la clase aristocrática (los Nava, los Celada, los Llerena, etc.) para la ubicación de sus lujosas casonas. En

el comienzo de la calle se emplaza la principal de éstas: la casa de Nava Grimón. Construida en el siglo XVI, la casa fue totalmente reformada en 1776 por encargo de Tomás de Nava Grimón, sexto marqués de Villanueva del Prado. Fue entonces cuando se hizo su excelente fachada neoclásica de sillería azul, de las más hermosas de La Laguna y de

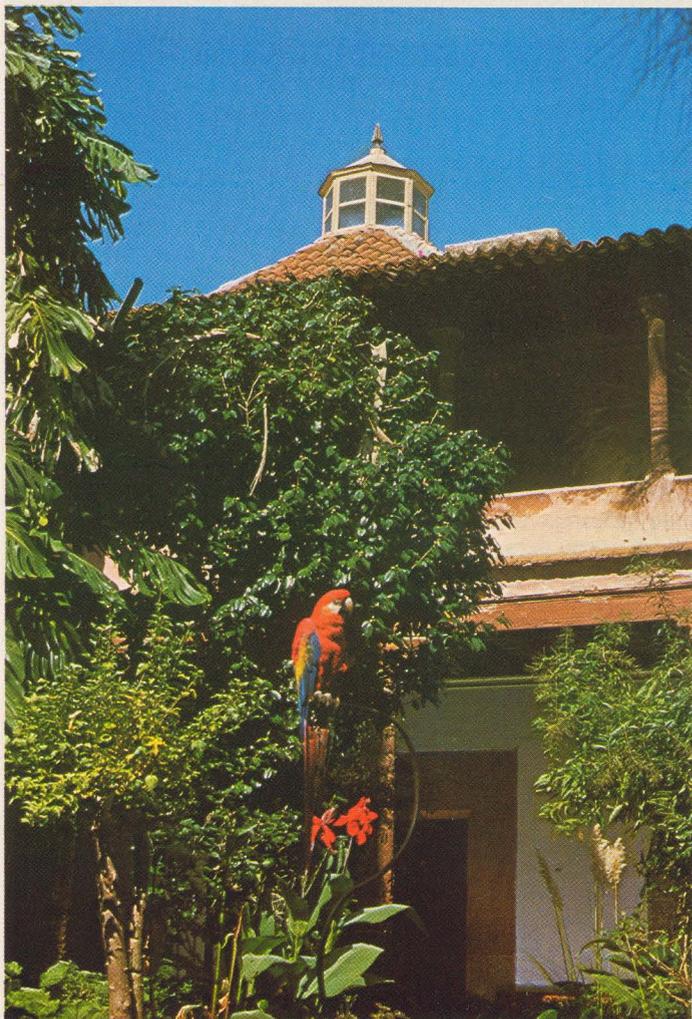
Canarias, sólo superada por la más antigua de la casa Salazar. La casa Nava Grimón recuerda la presencia de la Ilustración en esta villa a través de la histórica tertulia que en sus salones auspiciaba este marqués de Villanueva del Prado y que protagonizaba, entre otros personajes importantes, el historiador Viera y Clavijo.

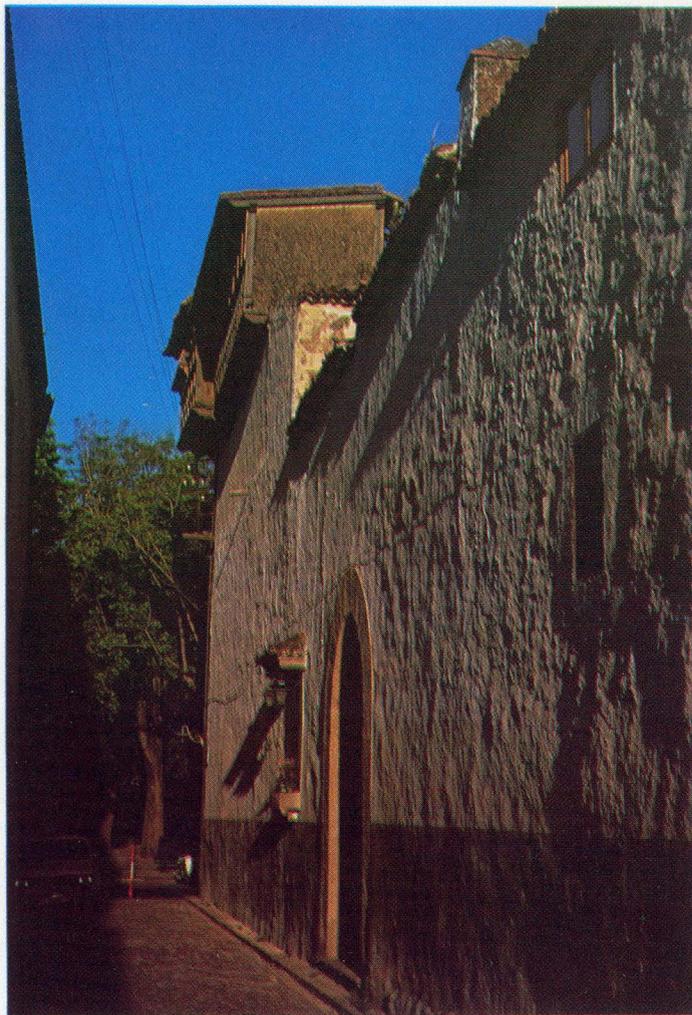
En la calle de San Agustín destaca la casa de los antiguos condes del Valle de Salazar, construida en la segunda mitad del siglo XVII. Su bella fachada de sillería, considerada como la más importante en la arquitectura civil no oficial del Archipiélago, no fue proyectada ni diseñada por un arquitecto precisamente, sino por el carpintero Juan González de Castro. En la actualidad, es Casa Episcopal. El obispado de La Laguna fue creado en el primer cuarto del siglo XIX, pero los obispos no contaron con residencia propia hasta que a fines de dicha centuria fue adquirido este palacete con tal finalidad.

En esquinas opuestas de la misma calle se hallan el Hospital de Dolores,

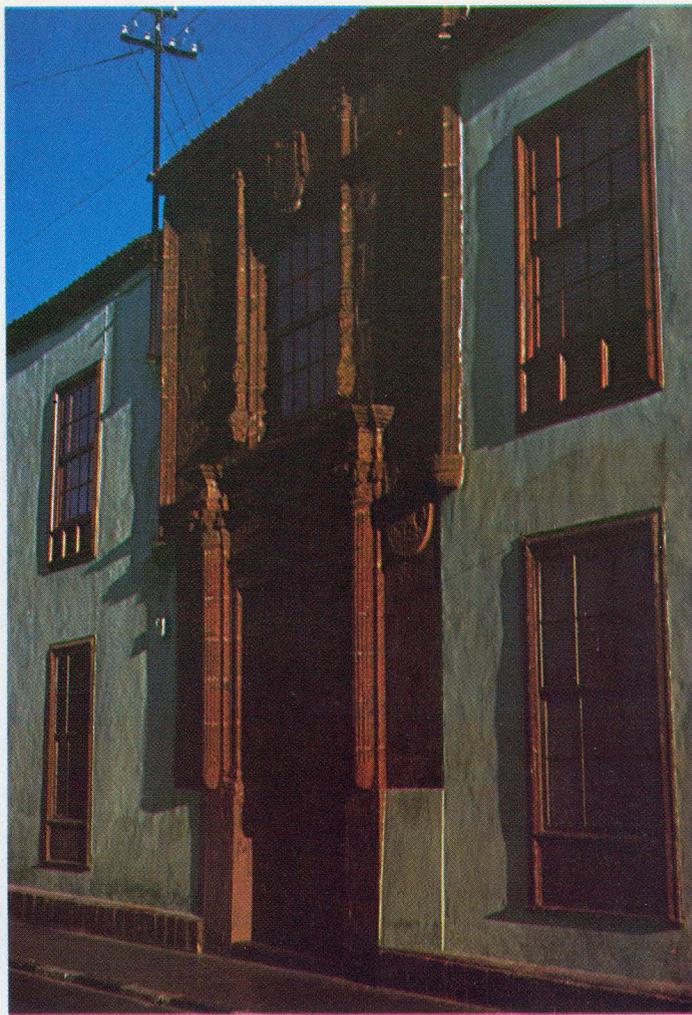


Patio y fachada de la casa de Nava Grimón, en donde se reunía la tertulia de Villanueva. Abajo, a la izquierda, otro aspecto del claustro del convento agustino.





El callejón de las Monjas, llamado antiguamente de la Caza, flanqueado por uno de los laterales del convento de Santa Catalina de Siena.



Al caer la tarde los rayos solares dan más intensidad al color anaranjado de la piedra de la Casa del Corregidor.

fundado a principios del siglo XVI y reconstruido en la centuria siguiente, y el edificio del antiguo colegio de los Jesuitas y antigua Universidad de San Fernando. La Laguna es, por excelencia, ciudad universitaria. Los orígenes de la Universidad se remontan a la mitad del siglo XVIII, cuando los agustinos fundaron cátedras de estudio. Fue un intento que duró poco tiempo, abortado por el enfrentamiento con los dominicos, que abrigaban idénticas pretensiones. En 1821 hubo nueva fundación que con los años terminaría en la creación del primer Instituto de Segunda Enseñanza, instalado en el Colegio de San Agustín. La Universidad actual parte del año 1927, cuando se crearon varias cátedras que luego se han ido incrementando hasta integrar un conjunto casi completo de Facultades universitarias. En los años cincuenta se hizo un nuevo edificio para la Universidad, ubicado entonces en las afueras de la ciudad. La nueva sede universitaria significó un desplazamiento en el centro de gravedad de la villa, generando en los años siguientes una atracción del moderno ensanche lagunero hacia aquella

zona. En las proximidades del edificio universitario central se levantan hoy las nuevas Facultades creadas en los años más recientes.

La Laguna ha tenido en Rodríguez Moure, en 1935, y Alejandro Cioranescu, treinta años después, excelentes cronistas y relatores de sus tesoros artísticos y arquitectónicos; de ellos nos hemos guiado para este recordatorio lagunero. Hasta hace veinte años esta ciudad conservaba casi intacta su personalidad histórico-arquitectónica. Como el resto de las principales ciudades históricas canarias, La Laguna había permanecido inmutable en su perímetro y su distribución urbana hasta los siglos XVIII y XIX. A partir del XVIII su progreso y su futura expansión se vieron coartados por el florecimiento del puerto de Santa Cruz, a donde pasaron a residir con tal motivo los capitanes generales, que habían cambiado su residencia desde Las Palmas a La Laguna en el siglo anterior. Así, mientras Santa Cruz conoció el crecimiento de los siglos XIX y XX, La Laguna permanecía inmóvil, anclada en un pasado secular. Ello le permitió preservar su antigua

estampa ciudadana, que, lamentablemente, fue perdiendo en estos últimos decenios, víctima del desacertado uso de la piqueta demoledora y de una expansión reciente incontrolada y que en nada armoniza con el viejo casco. El ensanche contemporáneo ha ido desplazando la urbanización hacia la carretera del Norte, la Universidad, la Esperanza y el Aeropuerto. Al otro lado, La Laguna guarda aún amables y deliciosos paseos periféricos: el Paseo Largo, el paseo de la Manzanilla..., pero, desgraciadamente, esta ciudad ha perdido en gran parte su antigua personalidad, porque, como en otras urbes del Archipiélago, el deseable equilibrio conservación-renovación no se ha desarrollado racionalmente.

**Texto y fotos: A. H. P.**